



La Huerta de San Vicente, en las afueras de Granada. Aquí se refugió Federico en julio del 36.

LA MUERTE DE FEDERICO GARCIA LORCA

(Bastantes conocemos la versión fundamental de la muerte de Federico. Hasta bastantes de nosotros ha llegado el resultado del empeño historiográfico por descubrir los menores detalles de los últimos días del poeta. Pero, en este día granadino, cuando voy en busca de la Huerta de San Vicente, pienso que muchos españoles ignoran por completo cómo fue la muerte de Federico. Ahora, el Premio Espejo de España, de Planeta, se ha dado al libro de Vila-San Juan, «García Lorca, asesinado: Toda la verdad». Podríamos sentir hasta ahora cierta vergüenza de que fuesen autores extranjeros los libros que la cuentan. Habrá que esperar la publicación del libro premiado para saber hasta dónde se llega en la verdad. A nivel periodístico, si que habían aparecido ciertos datos en una polémica cruzada entre «El Alcázar» y «Ya» con ocasión del acto conmemorativo del teatro la Comedia. Recientemente ha sido secuestrado un número de «Granada semanal», en el que aparecían unas declaraciones de Luis Rosales sobre la muerte de Lorca.

En Fuente Vaqueros, el pueblo donde nació Lorca, un vecino, que nos vio con la cámara fotográfica y sospechó nuestro oficio, nos dijo que al escritor lo habían

fusilado en Málaga, que la culpa la tenía la familia y que, dentro de muy poco, iba a levantarse un gran monumento a Federico en la plaza más cercana. Información con la que, sin duda, creyó hacer un buen servicio a su conciencia.

Aquí mismo, en Granada, es fácil descubrir el gesto evasivo si habláis de Federico ante gente

desconocida. Como si el tema pudiera postergarse eternamente; como si no fuera nuestro, dolorosamente nuestro, y necesitaríamos a los franceses o a los ingleses para esclarecerlo.

Pronto hará cuarenta años que sucedieron los hechos. Y me gustaría —lo voy pensando camino de la Huerta de San Vicente, en un día invernal, agobiado por la memoria de lo que no he vivido—, simplemente, ser un español que habla en una publicación española de la muerte de Federico. Resumir para el lector medio una información que la minoría conoce sobradamente. Y hacerlo ahora, en esta hora difícil del mirar hacia atrás y el mirar hacia adelante...)

De los mitos a la Historia

Las primeras noticias sobre las circunstancias en que había muerto el escritor fueron confusas, tardías y dispares. Contribuyeron a crear un clima de misterio que persistió mucho tiempo y que, psicológicamente, aún gravita sobre muchos españoles. Sólo eso

José Monleón

puede explicar que la muerte de Lorca sea hoy, con independencia de posibles implicaciones personales, un tema tan delicado.

De hecho, hasta la publicación del libro de Ian Gibson, «La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca» (que mereció el Premio Internacional de la Prensa 1975, en el Festival del Libro en Niza), esta última no había sido explicada dentro de una realidad histórica precisa. La fuerte personalidad del autor, el clamor de interrogaciones alzadas en todas partes al tener noticia de su muerte, habrían contribuido, sin duda, a hinchar y deformar una historia que, en su momento, no dejó de ser una de tantas.

Ahora, al repasar el trayecto que va desde la hora en que se presentó la muerte de Lorca como una réplica al asesinato de Benavente en la otra zona —don Jacinto sobrevivió a la guerra y estrenó aún muchas comedias en los años cuarenta—, hasta el certero análisis de Gibson, me doy cuenta de que el tema tiene una doble dimensión. De un lado tendríamos los datos escuetos. Del otro, la gravitación social del tema, la historia de la muerte de Lorca, las distintas versiones de esa historia, cuando ya todo estaba consumado.

Creo que sólo cruzando a través de este segundo aspecto del tema, puede alcanzarse serenamente la definitiva verdad; por eso, mi itinerario por los últimos lugares en que vivió Federico va acompañado de estos incisos, destinados a resumir brevemente ese otro camino en el que las hipótesis fueron haciéndose cada vez más verdaderas.

Conviene que así sea, porque más de uno se quedó parado en el trayecto y se debe llegar hasta él para ayudarlo a que conozca lo realmente sucedido.

(Abandonamos el camino principal. De allí sale otro que acaba en la Huerta de San Vicente. La casa está pintada de blanco y se conserva tal y como estaba en

LA MUERTE DE FEDERICO GARCIA LORCA

julio del 36. Aunque el ensanche de la ciudad ha modificado profundamente el paisaje que conoció Federico. Todavía hay silencio en la huerta, pero ya no podría escribirse de ella, decir de ella, algunos de los párrafos epistolares y de los versos que mereció de Lorca. Están a dos pasos los bloques impersonales del ensanche. Y la casa, que sigue siendo de la familia de Federico, está deshabitada, aunque, cuando nosotros llegamos, una mujer, encargada de su custodia, tiende la ropa entre cipreses y macetas invernales.

Esta es la casa donde, el 17 de julio, se refugió Federico —renunciando al viaje a América con Margarita Xirgu, abandonando su domicilio madrileño, desoyendo a cuantos le aconsejaron que no diera ese paso— cuando sintió cercana la guerra civil. Esta es la casa en la que se creyó a salvo. La casa de los versos de «Diván del Tamarit». La casa que fue luego de los registros, de los golpes, de las amenazas, del apresurado consejo de familia para ver que se hacía con Federico, de la toma del taxi con destino al domicilio de los Rosales.

Me dice la mujer que todo está en el interior como entonces, salvo el piano —el piano de Federico—, que sus hermanos se llevaron a Madrid. En la planta baja, a mano izquierda, hay una especie de recibidor, con los títulos de maestra de la madre de Lorca y el de Bachiller del escritor. En la estantería solitaria sólo hay varias docenas de la primera edición de «Impresiones y paisajes», el libro por donde Federico entró en nuestra literatura, en nuestro censo de escritores, y, cómo no, en las listas negras que guardan los corazones de los resentidos.

Arriba, en el único piso, en la parte delantera, está la habitación de Federico, con el balcón a la huerta, la cama austera, un cartel de La Barraca, un pequeño armario, la mesa de trabajo y una pintura ingenua de Rafael Alberti.

Por esta puerta —obsesivas e indiferentes puertas que conducen a la muerte— salió Federico para refugiarse en casa de su amigo fantagista.

El día es desapacible, helado, como cuadra al invierno granadino. En aquel mes de julio, el verde y la vida de la huerta debían ser bien distintos.)

La primera pista falsa: «El romancero gitano»

De las versiones iniciales, una de las más tomadas en cuenta fue la que apareció en «Adelante», de Valencia, el 15 de septiembre de 1937. Un guardia civil evadido de la zona nacional —cuyo nombre se mantenía secreto para evitar represalias contra su familia— relataba al periodista Vicente Vidal Corella lo siguiente:

—Aquel día estaba de guardia. Vi que entraba en el cuartel un muchacho joven. Estaba pálido, pero caminaba sereno. Era Federico García Lorca. Cuando le vi comprendí la tremenda tragedia que se cernía sobre él. García Lorca tenía firmada su sentencia de muerte al firmar el famoso Romance de la Guardia Civil (...). Aquella misma noche fue sacado del cuartel entre un piquete de civiles. Yo, triste es confesarlo, figuraba también en él. Los coches arrancaron siguiendo por la carre-

(En el consejo de familia de la Huerta de San Vicente, Luis Rosales había propuesto pasar a Federico a la zona republicana. Pero el escritor no vio clara la aventura. Así que prefirió refugiarse en casa de los Rosales, personas totalmente vinculadas al Alzamiento. Luis, poeta, íntimo amigo de Federico, había llevado en propia mano —según pudo averiguar Auclair—, días antes y con riesgo de ser cuanto menos encarcelado, al comandante Valdés —gobernador civil y autoridad

las cinco de la tarde del 16 de agosto llegó Ruiz Alonso a detenerlo.

Estas terrazas y estas esquinas conocieron el despliegue de fusiles. Aquí tuvo que esperar Ruiz Alonso con sus hombres a que llegara Miguel Rosales —la madre no quiso entregar a Federico sin que estuviera en casa uno de sus hijos— para poder llevarse a su víctima. Desde esta azotea avizó a Lorca a quienes venían a buscarlo. Por esta puerta salió camino del cercano Gobierno Civil.



Ruiz Alonso lo detuvo en la casa de Rosales y lo llevó al Gobierno Civil. Aquí pasó Federico sus últimos días de esperanza.

tera de Padul. La caravana sinistra se detuvo a dieciocho kilómetros de Granada. Eran las ocho de la noche cuando bajamos de los coches. Los faros fueron enfocados contra el que se marchaba a la muerte. Su silueta se recortaba en el fondo de la noche...

El texto —reproducido en varias publicaciones extranjeras— contenía también una serie de afirmaciones en torno al compromiso político de Lorca, pero, obviamente, tendía a explicar su muerte como una querrela entre el poeta y la Benemérita. El relato, por la contundencia de sus términos, por sus verbos en primera persona, impresionó a todo el mundo. Hasta que, más adelante, el conocimiento de nuevos datos desmintió la versión. El guardia civil evadido no conocía a Federico y, al ver una foto del escritor en un periódico valenciano, lo relacionó con hechos y personas que le eran ajenos.

La falsa pista fue, pues, destruida. Aunque, como todas las falsas pistas, contribuyera, durante mucho tiempo, a la confusión de las gentes menos informadas.

fundamental en la primera Granada nacionalista—, una serie de documentos y de instrucciones de gran importancia. Dos hermanos de Luis ocupaban puestos destacados en la Falange granadina. La casa de los Rosales había sido, de hecho, uno de los principales centros de la conspiración. Era ya, en aquel 9 de agosto, cuando llegó Federico, un hogar activamente frecuentado por los amigos de los Rosales, centro de reuniones íntimamente ligadas a los compromisos de la lucha.

Hasta esta calle de Angulo llegó el taxi en que venía Federico. Al escritor le prepararon una habitación del segundo piso, en la que había un piano. Lorca no se escondió ni un solo momento. Cuantos iban a la casa sabían que estaba allí. Aquí, en este piso, fue donde Luis Rosales y Federico García Lorca pensaron en una especie de himno a los muertos de la guerra, del que Rosales sería el autor de la letra y Federico de la música. Aquí estaba, querido por las mujeres de la casa, aceptado por los hermanos y los amigos de Luis, cuando, alrededor de

La calle, estrecha, no es tan silenciosa como antaño. Hay coches aparcados sobre las mismas aceras. Aunque conserva ese aire de atajo, de calle de paso, sin comercios ni lugares donde detenerse.)

Los amores oscuros y «La Estafeta»

Otra falsa pista, de mucha mayor repercusión que la anterior, y aceptada, al menos por algún tiempo, por un amplio sector de la opinión internacional, fue la que dio Jean-Louis Schonberg en «Le Figaro Littéraire», de París, el 29 de septiembre de 1956. Según esta tesis, la muerte de García Lorca se debió a un problema de rivalidad entre homosexuales. Unos cuantos versos de «Poeta en Nueva York» combinados con varias suposiciones servían para trabar una argumentación que los estudiosos posteriores han pulverizado implacablemente.

Sin embargo, en su día, la tesis de Schonberg tuvo una gran aceptación. Poseía ese tufo escandaloso que atrae a tanta gente. Y,

además, al particularizar el episodio, lo sacaba de la mala conciencia de una parte de la sociedad española.

Así, el 13 de octubre de 1956 pudo leerse en «La Estafeta Literaria» el siguiente comentario al trabajo de Schonberg:

«En fin, hemos de decir nosotros, se ha roto la piedra de escándalo. ¡Veinte años utilizando la muerte de García Lorca como instrumento político! Claro que ése es un gesto internacional ni único ni original. Pero, en fin, había que explotar sin escrúpulos ni honradez el hecho de la muerte del poeta granadino, aun a costa de cometer la más concienzuda, vil y sistemática estafa con la gente de buena fe. Aquellos actos públicos, aquellos recitales solemnes de sus obras, aquel ondear constante de su nombre como víctima, aquellas lágrimas de codrillos... ¿quién no se acuerda?».

Ya digo que la tesis de Schonberg carece de todo fundamento. Los vagos supuestos en que se basó han sido desmentidos por los datos reales. Inútil añadir que tampoco las palabras de «La Estafeta Literaria» serán recordadas por la posteridad como ejemplo de clarividencia.

Es éste, en última instancia, uno de los capítulos más penosos y mezquinos de la literatura engendrada por la muerte de Federico.

(Entran los estudiantes. Esta que ahora es puerta de Universidad fue puerta del Gobierno Civil. Por aquí entró Ruiz Alonso, aquella tarde del 16 de agosto, para



Calle de Angulo, casa de los Rosales, adonde vino Federico desde la Huerta de San Vicente, al sentirse en peligro.



Plaza de Viznar. Puede asegurarse que el coche en que viajaba Federico se detuvo aquí algún tiempo para partir después hacia la Colonia o, directamente, al lugar de ejecución.

entregar a Federico al gobernador Valdés. Hasta aquí le acompañó Miguel Rosales y hasta aquí vino luego Luis, el hermano, con la esperanza de ayudarlo. En una de estas habitaciones pasó Federico sus últimos días. Hasta aquí le trajo diariamente Angellina —niñera de la familia Montesinos, cuñado de Federico, alcalde de Granada, fusilado por los nacionales— un termo de café y un cesto con una tortilla, pan y tabaco. Por aquí le vieron algunos de los que han ayudado a los escritores extranjeros a establecer la historia de su muerte. Aquí conoció Lorca a muchas personas anónimas, a las que esperaba su mismo destino, y quién sabe si llegadas de esos «gallineros» o «parásitos» teatrales para los que él hubiera querido, según declaró, escribir sus dramas. Por esta puerta entró y salió la muerte y la esperanza...

Desde entonces a hoy en el interior del edificio se han hecho obras. Los estudiantes se sientan ahora en los bancos de piedra del patio. Todo tiene el tono sosegado, estático, de una Universidad provinciana.)

Brenan, Couffon y Marcelle Auclair

La primera investigación seria sobre la muerte de Federico la publicó Gerald Brenan en su libro «The face of Spain», en 1950. Uno de sus capítulos, reproducido en mayo del 51 en «Les Nouvelles Littéraires», bajo el título de «La verdad sobre la muerte de García Lorca», trata específicamente de este tema. El título del trabajo prueba indirectamente hasta qué punto ha sido ésta una cuestión necesitada de aclaraciones.

Del 62 es el libro de Claude Couffon, (titulado en su primera edición francesa «A Grenade sur les pas de García Lorca», que en la edición castellana de Losada, de 1967, se llama «Granada y García Lorca»). El libro —que puede adquirirse sin problemas en nuestras librerías— trae con toda solidez la línea general de aquella muerte. Couffon —don Claudio, como le recuerdan los vecinos de Fuente Vaqueros— pasó mucho tiempo en Granada, investigando en el medio y publicando luego una serie de artículos y ensayos más tarde en un volumen. Se titulan: «Conversaciones en Fuente Vaqueros», «¿Quién fue Mariana Pineda?», «La revista Gallo y el Teatro Breve», «El crimen fue en Granada» y «La Huerta de San Vicente».

A estas alturas, desbordada la investigación de Couffon —que tiende siempre, como hizo en su libro dedicado a Miguel Hernández, a completar e interpretar los datos con una perspectiva más literaria que historiográfica— sobre la muerte de Federico por otros trabajos posteriores, los estudios que mejor se sostienen son los que dedica a la infancia de Federico y al recuerdo de Mariana Pineda. Si por el primero sabe

LA MUERTE DE FEDERICO GARCÍA LORCA

mos de la vida familiar del poeta, de su temprano interés por los títeres, de su gusto teatral por las manifestaciones de la Iglesia, o de la influencia que debió ejercer en su imaginación infantil el descubrimiento de la realidad popular andaluza, por el segundo asistimos al encuentro entre Federico y Mariana, entre el escritor y la historia de la granadina ajusticiada. A esa mezcla de rigor y de vehemencia que caracteriza la prosa de Couffon debemos una de las evocaciones más sugestivas, y, sin embargo, fieles que se han hecho de Mariana Pineda.

El tercer libro fundamental en esta bibliografía imprescindible es el de Marcelle Auclair, publicado en el 68 con el título de «Enfance et mort de García Lorca», y en México en el 72, ahora con el título de «Vida y muerte de García Lorca», también a la venta en nuestras librerías más al día.

De las cuatrocientas páginas del volumen, alrededor de ochenta están dedicadas a la muerte de Federico. El resto reafirma esa imagen de vitalidad y de alegría que el poeta dejó unida a la de su soledad y desamparo últimos. Cada una de las obras de Federico, cada una de sus andanzas biográficas es, a través de las líneas de Marcelle Auclair, una aventura gozosa, aunque cada vez —basta leer las duras críticas que los periódicos de la derecha, «El Nacional», «Informaciones» o «La Epoca», dedican a «Yerma», saludada, en cambio, por plumas como la de Díez Caneado como la más considerable de todas las obras estrenadas aquella temporada— más hostigada, más incómoda, quizá porque Federico ha ido con el paso del tiempo perfilando sus ideas, pronunciándose con mayor vigor en la vida española, haciendo, por ejemplo, de La Barraca una tarea que no le perdonan los sectores más reaccionarios...

leyendo a Marcelle Auclair se perfila una línea del nacimiento de Federico en Fuente Vaqueros a su muerte en la sierra de Viznar, en la que no hay más brusquedad que el radicalismo de la guerra.

(Del Gobierno Civil subimos a Viznar. El paisaje se va ensanchando y es cada vez más hermoso. Granada queda atrás, en el fondo. En la plaza mayor del pueblo está el viejo palacio de los Moscoso —cuartel nacionalista en los primeros meses de la guerra civil—, el Ayuntamiento y una fuente. Aquí, en la madrugada del 18 de agosto, se detuvo el coche donde iba Federico, abrigado con una manta, además de Dióscoro Galindo, cojo y humilde maestro nacional del pueblecito de Pulianas, ligados ambos por un destino común.

Seguendo por el camino de Fuente Grande, en las afueras de Viznar, llegamos a La Colonia, caserón situado en el declive de la colina y envuelto por un arbolado que debe protegerlo de las miradas durante buena parte del año. Apenas nos acercamos a la casa, advertimos el cierre silencioso de una puerta, prevenidos sin duda sus actuales habitantes contra el acécho de los curiosos.

La Colonia es un viejo molino al que se halla adosada una casa amplia, utilizada antes de la guerra —y de ahí el nombre— para alojar a grupos de escolares en vacaciones. El lugar fue utilizado durante la guerra civil como cárcel última de muchos condenados a muerte, sin que se sepa exactamente —hay diversas versiones— si Lorca pasó en ella unas horas o fue conducido directamente desde la plaza de Viznar al lugar de su ejecución.

Rebasando La Colonia, el camino bordea una hondonada repleta de olivos. Avanzamos despacio,



La Colonia, molino en las afueras de Viznar, donde pasaban sus últimas horas los condenados a muerte. Hay quien dice que a Federico lo llevaron allí desde el Gobierno Civil de Granada, y hay quien asegura que lo condujeron directamente al olivar de Fuente Grande.

con el respeto de quien se siente rodeado de silenciosos testimonios. Llegamos así a la primera curva brusca, que deja a la derecha del camino un barranco provocado por el aluvión de las lluvias. La foto de ese lugar la hemos visto en los libros y nos asalta desde un oscuro rincón de la memoria; camino adelante encontramos el pequeño pinar, hoy salpicado de chalets, cerca ya del embalse de Fuente Grande, donde dicen que fue fusilado Federico García Lorca el 19 de agosto de 1936.)

El libro de Gibson

Previamente, Gibson había reunido y estudiado cuando había sido escrito sobre la muerte de Federico. Luego se plantó en Granada sin decirle a nadie cuáles eran sus objetivos. Durante meses preguntó, ordenó los hechos en centenares de fichas, identificó a numerosos personajes del drama, grabó entrevistas, incluso llegó a dar clases de inglés a una hija de Néstares, jefe del frente de Viznar cuando mataron a Lor-

ca, con la esperanza frustrada de que le suministrara algún dato ignorado.

Con todo ese material escribió su libro, el más documentado hasta la fecha sobre el tema, rico en pormenores, y concebido como una verificación de lo que dijeron los demás al tiempo que una ordenación de las propias averiguaciones. El libro de Gibson se distingue de los de Couffon y Auclair en el aspecto fundamental: es el libro de un historiador y no el de un crítico literario. Lo que quiere decir que si en los dos autores citados la muerte de Federico se sitúa en el marco de su biografía personal y de su obra literaria, Gibson la encuadra en la realidad de la guerra civil, en lo que fue la Granada de aquel verano de 1936.

Tras el libro de Gibson, nada que añadir a los trazos políticos de la tragedia. Aunque sigan en la sombra una serie de conductas personales, cuya clarificación importa más a la historia de Granada que a la historia de aquella muerte.

(Volvemos a la ciudad al atardecer. En un café —a cien metros escasos de la que fue casa granadina de los Lorca— hablo con mis amigos de Federico. Algunos son poetas y se saben de memoria muchos de sus versos. Quizá los necesitan para seguir encontrando esa otra Granada, cada día más yacente bajo el ensanche impersonal y los misterios del nuevo urbanismo. Les pregunto por qué Lorca vendría hasta aquí en aquel 16 de julio, teniendo como tenía tantos enemigos. Sale el tema de las relaciones de Federico con Granada. Y nos vamos al despacho de un prohombre de la ciudad, que estaba aquí en el 36, para que responda a ese par de preguntas en que ha parado la tertulia. ¿Qué imagen política se tenía aquí de Lorca el 18 de julio?

—Los sectores conservadores esgrimían una serie de cargos contra él. Era muy amigo del socialista Fernando de los Ríos, director de La Barraca, autor muy vinculado a la Xirgu, cuñado de Montesinos... En Granada había caído muy mal «El Gallo», que muchos consideraron una tomadura de pe-



Junto al pinar reciente queda un viejo olivo; pertenece al olivar en que fusilaron a Federico. Está en la carretera de Viznar a Fuente Grande.

LA HUERTA DE SAN VICENTE AMENAZADA

FRANCISCO GARCIA LORCA: «ESPERO QUE NO SE CONSUME ESTE ATENTADO CONTRA LA MEMORIA DE MI HERMANO»

lo; la cosa empeoró con la salida de «El Pavo», revista tradicional «hecha por los mismos que hicieron "El Gallo"». La Granada «putrefacta» se indignó. También el estreno de «Yerma», que una parte de la crítica madrileña consideró pornográfica, contribuyó a la animadversión de esos mismos sectores hacia Federico. De esa animadversión salió su muerte.

—¿Cómo se decidió la muerte de Lorca?

—Lorca fue fusilado sin juicio alguno. No debe extrañarnos, pues otras personalidades de relieve —por ejemplo, el rector de la Universidad— corrieron la misma suerte. A la violencia general de nuestra guerra civil se unían las características específicas de la situación granadina. Como usted sabe, aquí, en febrero del treinta y seis, las elecciones las ganaron las derechas. Luego, el Parlamento no ratificó los resultados, y hubieron de celebrarse por segunda vez, cuando ya se conocía el triunfo del Frente Popular en casi todo el país. Fue lógico que las nuevas elecciones tuvieran otro desenlace. Pero la situación era muy tensa. Muchos sentían que era una lucha a vida o muerte. La guerra civil se desarrollaba, entre las dos partes, dentro de la propia ciudad. Y Lorca, por todo lo que antes le decía, tenía aquí muchos enemigos.

—¿No cree que ya era hora de que aparezcán libros sobre el tema escritos por españoles?

—Hay un punto especialmente delicado: los distintos comportamientos de personas granadinas que precipitaron la muerte de Federico. Es necesario hablar con detalle de lo que pasó aquí en torno al poeta durante el primer mes de la guerra. De lo que hizo cada uno...

En Madrid

En Madrid pongo en orden mis anotaciones. Pienso que para quien tenga el libro de Gibson a la mano no hay en ellas nada nuevo; como tampoco serán nuevas mis fotografías, parte de las cuales se parecen a las que Couffon y el propio Gibson han incluido al lado de sus textos. Pero, al mismo tiempo, me viene a la memoria el gesto medroso o desorientado de cuantos siguen creyendo que la muerte de Federico es un tema oscuro; pensando en ellas concluyo mi trabajo.

Creo que es bueno saber y afrontar el pasado. Creo que es bueno poner la violencia en la picota y quitarle a la muerte su misterio. Creo que es bueno comprender que Lorca fue uno más en aquella pesadilla. Creo que es bueno que Viznar es un hermoso sitio para vivir y un lugar horrible para que un hombre, cualquier hombre, caiga acribillado. ■
Fotos: J. M.

DURANTE unos años, sobre un paredón blanco en el camino que conduce a la Huerta de San Vicente, se podía leer un letrero rústico: «Calle de Federico García Lorca». A falta de otros recursos oficiales —una avenida con el nombre del poeta, un monumento en un parque público— aquel rótulo venía a tener una significación especial en Gra-

rrero Blanco) ha acercado la casería al casco urbano. En la vivienda principal se conservan una serie de recuerdos vinculados a la vida y a la obra del poeta de Fuentevaqueros: un busto de Federico, obra del escultor Carretero, dibujos, retratos familiares. En la segunda planta de la casa, en una habitación con balcón orientado a Sierra Nevada, se conserva el escritorio con

que tenemos proyectado desde hace tiempo y que pensamos realizar en su momento». «¿Por qué no lo han hecho ya?», le hemos preguntado. «Es obvio contestar», responde el hermano del poeta, profesor de Literatura y ensayista.

La Huerta de San Vicente pertenece a los García Lorca desde los años veinte, y es la única casa de las que guardan un especial recuerdo de Federico, que pertenece en propiedad a la familia. Las dos casas de Fuentevaqueros —en la que nació Federico, y en la otra, que pasó su niñez y adolescencia— se conservan; pero allí vivieron los García Lorca de alquiler. La otra casa de Valderrubio, pueblo que sirvió a Federico para escribir «La casa de Bernarda Alba», no existe, ya que la actual se construyó sobre la primitiva, que mandó demoler el padre de los García Lorca por encontrarse en estado ruinoso. En Granada capital vivió igualmente la familia en dos casas de alquiler: la de la Acera del Darro (desaparecida), en la que, según su hermano Francisco, Federico escribió sus primeros poemas, y la de la Acera del Casino (contigua a la sede actual de Jefatura Local del Movimiento de Granada). En esta última pasó el poeta toda su juventud, escribió parte del «Romancero gitano» y otras obras. La Huerta de San Vicente, donde la familia pasaba los veranos, alternando con las casas en Fuentevaqueros y Valderrubio, es la única propiedad de la familia.

El Plan parcial Oeste, que de llevarse a cabo destruiría la Huerta de San Vicente, está sometido a información pública en el Ayuntamiento granadino. El alcalde, don José Luis Pérez Serrabona, ha informado a la prensa local que dicho Plan fue elaborado por el Ayuntamiento de Gallego Burín (hace más de veinte años), y que ahora se ha estimado oportuno llevarlo a cabo si no se interponen recursos que puedan frenarlo. Una segunda huerta ligada a la obra del poeta, la conocida por el nombre del Tamarit, propiedad de una prima hermana de los García Lorca, queda fuera del Plan.

De momento se pueden decir dos cosas: que en el citado Plan ni siquiera se ha tenido en cuenta la existencia de la Huerta de San Vicente y que ahora no se ha producido el más mínimo asomo de sensibilidad para rectificar el trazado de los planos.

En Granada, donde se han cometido desde el siglo pasado tantos «magnicidios» urbanísticos, artísticos y culturales, uno más importaría poco. ■ ANTONIO RAMOS ESPEJO.



La habitación de Federico en la Huerta de San Vicente. La mesa de trabajo, el cuadro de Alberti, el cartel de la Barraca, el balcón del que habló más de una vez el poeta.

nada. El paredón se volvió a blanquear, como se hace con los letreros subversivos o incorrectos. Ahora esa Huerta de San Vicente, donde el poeta granadino escribió parte de su obra y donde vivió los últimos días de su vida, está a punto de desaparecer si se lleva a cabo el Plan parcial Granada-Oeste.

En muy poco tiempo Granada se ha convertido en víctima de continuos atentados urbanísticos. Hace ahora un año que los árboles de la avenida Calvo Sotelo fueron arrancados de cuajo, dando pie a un selecto número de amas de casa a manifestarse por las calles de la ciudad (1). Parte del Carmen de los Mártires desaparecerá si llega a construirse el hotel que se tiene proyectado en ese lugar (2). Se cortarán más árboles, la máquina demoledora entrará por más lugares e incluso las floristas de la plaza de Bib-Rambla tendrán que irse a otro rincón.

La Huerta de San Vicente (dedicada a la madre de los García Lorca, doña Vicenta) tiene una hectárea de extensión y dos casas unidas: la de los propietarios y la de los caseros. La nueva zona urbana de la Redonda (o avenida de Ca-

un cartel del grupo teatral La Barraca. Aquí escribió Federico «Bodas de sangre», «Doña Rosita la soltera», parte del «Romancero gitano» y fragmentos de otras obras.

«Ya he enviado un telegrama urgente al alcalde de Granada, pidiendo explicaciones. Y puede decir que todavía no se me ha contestado», nos dice don Francisco García Lorca en su casa de Madrid. Don Francisco, el segundo hijo varón de la familia García Lorca —Federico, asesinado en Granada; Francisco, Concha, muerta en accidente de circulación en Granada, e Isabel— se muestra palpablemente indignado: «Espero que no se consuma este atentado contra la memoria de mi hermano. Yo llamaría la atención del pueblo para que recapacite sobre este proyecto del Ayuntamiento. La Huerta de San Vicente pertenece al patrimonio espiritual de la ciudad. Espero que ese Plan no se lleve a cabo. El asunto lo hemos puesto en manos de nuestro abogado».

En Granada existe la Casa-Museo de Manuel de Falla, situada en el mismo Carmen que vivió el músico gaditano, bien cuidada y atendida. «Nosotros pensamos —dice don Francisco— hacer de la Huerta de San Vicente una especie de museo o algo parecido, que podía funcionar con un patronato. Esto es algo

(1) Ver *Arboricidio en Granada*, de Joaquín Mejía, número 507.
(2) Ver *¿Qué pasa en Granada?*, de José Monleón, número 613.